

En la página 297 continúa el profesor Gelcich del modo siguiente: «Si Colón no era buen observador astronómico, ¿qué tal son los datos de los demás marinos y cosmógrafos de su época acerca de este extremo? Si tratamos esta cuestión, veremos en seguida que no es justo atacar sólo á Colón, y nos convenceremos de que entonces no había ninguna persona que fuera capaz de hacer algo mejor. Por ejemplo, el globo terráqueo de Martín Behaim contiene errores hasta el grado 16. En la carta geográfica de Juan de la Casa se encuentra la Boca del Dragón en las inmediaciones de Trinidad, paralelo con Buenavista, en el cabo de las islas Verdes, es decir, en vez de estar bajo los 11° á los 16°. El signo de Cáncer toca la costa meridional de Haití, á la vez que la verdadera situación de la punta meridional más extrema de Santo Domingo está situada á los 17° y medio; las Azores se hallan en el mismo paralelo que los bancos de las Bahamas, etcétera. El cronista Herrero dice que Juan de la Casa era el mejor piloto de aquellos mares, y Gomara y Oviedo nos le describen como excelente. Sólo á las postrimerías del siglo XVI han sido menores y más raros los errores de latitud; por lo tanto no podía pedirse mucho sobre esto á fines del siglo XV.»

Para terminar sus investigaciones dice el profesor Gelcich: «Colón no era, en manera alguna, un sabio. Como marino ha sido, según nuestro juicio, maltratado muchas veces sin razón, con lo cual advertimos que no deben confundirse los nombres de marino y astrónomo. Sólo con algunas palabras demostraremos su inventiva náutica, recordando que fué el primero en saber hacer uso de las oscilaciones de la aguja imantada para poder precisar la longitud, y que la situación del Fucus-Bank le proporcionó también ocasión para saber orientarse.»

Con respecto á otras ciencias era Colón verdadero hijo de su época. Siglos enteros las aptitudes intelectuales de los pueblos habían permanecido inactivas, oprimidas y encadenadas por un misticismo contrario á todo libre pensamiento. Por todas partes se hallaban amontonados los escombros de la superstición de la Edad media; la ciencia era una extraña amalgama de ridículas supercherías y de verdades hijas de un estudio serio. Sólo en la mente de algunos pensadores empezaba á arder aquel fuego sagrado que había de abrirse paso enérgicamente en la época del Renacimiento y de la Reforma.

Tampoco Colón estaba libre de muchas creencias absurdas de la Edad Media. Como la mayoría de sus compañeros de profesión, creía en la existencia de toda clase de seres fabulosos, como sirenas y unicornios, hombres con rabos y otros con cabeza de perro, en una palabra, en todos aquellos seres con que la fantasía de los orientales y Mandeville habían poblado la Tierra.

Su cosmografía, producto de las enseñanzas de la Biblia, unida á algunas otras falsas conjeturas y observaciones erróneas, le hicieron deducir que la Tierra no era completamente esférica, sino que en uno de los continentes meridionales por él descubiertos había una eminencia semejante á una verruga, que estaba más cerca del cielo que todas las demás partes del planeta conocidas hasta entonces. Creía poder deducir esto, atendido que los habitantes de aquel continente, los indígenas de Paria, no eran tan negros como los de la costa africana á pesar de vivir bajo los mismos grados, y además porque los países por él descubiertos no eran tan calurosos ni desolados y estériles como los del Africa, sino que, por el contrario, contaban con una exuberante vegetación y un clima suave. Algunas erróneas observaciones astronómicas parecían confirmar esta teoría, é interpretando diversos párrafos de la Biblia en favor de la misma dedujo que en aquella prominencia debía de buscarse el Paraíso terrenal, cuya existencia estaba reconocida por todos los sabios, no obstante no estar acordes respecto á su situación.

También estaba dominado Colón por una ciega creencia en su infalibilidad, y sobre todo su incondicional confianza en la carta de Toscanelli y sus cálculos impidieronle reconocer que, en vez de haber llegado á la India, había hecho un descubrimiento mucho más importante.

Pero si bien la creencia que tenía de que nunca se equivocaba era una gran debilidad de su carácter, no es menos cierto que en otras cuestiones se nos muestra Colón como hombre de gran agudeza en las observaciones de los acontecimientos y de la naturaleza, sobrepujando en alto grado á la mayoría de sus contemporáneos. Demostraba interés por cosas que parecían muy secundarias á los marinos de su tiempo, y lo que sus ojos veían sabía describirlo con pocas pero acertadísimas palabras. Con gran habilidad y poético estilo están caracterizados los signos distintivos de los países tropicales: el maravilloso clima, la pureza de la atmósfera embalsamada por los más ricos perfumes, la magnificencia y amenidad del paisaje, la majestuosidad de los árboles y los bosques, los brillantes matices de los pájaros y de los peces, todas estas cosas hallaban en él un entusiasta admirador.

Mas tampoco faltábale aptitud para mayores observaciones. Reconocía la atracción del magnetismo terrestre, la influencia de las corrientes marítimas para la formación de las islas y países; estudiaba las leyes de la distribución del color; en una palabra, «ha suscitado, como dice Alejandro de Humboldt, el anciano maestro de la ciencia, cuestiones del dominio de la Geografía física y de la Antropología que ocupaban entonces á los ilustrados cerebros de España é Italia: la cuestión de la repartición de las razas humanas y la configuración de los diferentes países. Colón

ha prestado señalados servicios al linaje humano, habiendo ofrecido á la vez tantos problemas nuevos á la meditación del hombre; ha dilatado el campo de las ideas, y por él ha alcanzado un verdadero progreso el pensamiento humano.»

Mas principalmente debemos de alabarle como al hombre cuya temeraria empresa ha abierto otro mundo á los pueblos de Europa y otras vías al tráfico mundano, trayendo con esto una nueva era, cuyo brillo ha deslumbrado y sobrepujado á todas las anteriores épocas de la humanidad.

Es interesante el observar la impresión que hicieron en Europa los descubrimientos de Colón. En relación con los escasos medios de comunicación de aquella época, que no conocía aún periódicos ni telegramas, propagóse con gran lentitud la noticia. Colón mismo había sido muy parco y retraído en sus comunicaciones, pues se afanaba en ocultar cuidadosamente la ruta de sus travesías á fin de que no se le adelantasen otros navegantes y otras naciones en más dilatados descubrimientos y explotación de los nuevos países. Sólo las cartas suyas referentes al primero y cuarto viaje vieron la luz pública, y la primera no apareció en España, sino en Italia, lo que hace suponer que fué impresa sin su autorización.

Por lo tanto hallamos, relativamente, muy poco material en las crónicas de dicha época para poder formarnos una idea exacta del efecto que pudieron producir los descubrimientos del genovés. Las noticias de los cronistas son al principio cortas, y en fragmentos, cosa que da á comprender que aún no podían apreciar y reconocer la importancia de los descubrimientos. Pedro Mártir, el autor de las *Décadas*, que residía en España, se limita á hacer al principio de su gran obra tan sólo esta ligera observación: «De las antípodas occidentales ha regresado un tal Cristóforo Colón, que sólo al cabo de largos afanes ha conseguido que le diera el rey tres barcos para poder llevar á cabo su travesía á aquellas regiones, pues todos tenían sus afirmaciones por fantásticas alucinaciones. Trae consigo muchos ricos productos, sobre todo muestras de oro encontrado allí. Pero mejor será que nos ocupemos en cosas más próximas.»

Algunos meses después, convencido el cronista de la importancia de los descubrimientos, quiere reparar su descuido y hace una completa descripción de la travesía, empezando con estas palabras: «Atended y escuchad el nuevo descubrimiento.» Repetidas veces expresa vivamente su alegría por éste, y se muestra entusiasmado al ver que cada vez se reciben noticias de más maravillas halladas en aquellas apartadas regiones, considera la empresa de Colón como importantísima, y promete seguirla con la mayor atención hasta el fin. Sophus Ruge (1) menciona una carta

(1) *Historia de la época de los descubrimientos*, pág. 320.

de este cronista á su ilustrado amigo Pomponius Laetus, el cual, al tener noticias del buen resultado de la travesía Occidental, saltó de la silla donde estaba sentado, y con tal entusiasmo que casi no podía contener las lágrimas de alegría prontas á brotar de sus ojos: «Veo, escríbele á Mártir, la sensación que has experimentado y lo bien que sabes apreciar la importancia de estos descubrimientos. ¿Qué sustento puede ser mejor que este para espíritus elevados? Yo lo sé por mí mismo, pues me emocionó alegremente cuando hablo con hombres entendidos que vuelven de aquellas regiones. ¿Quién puede admirarse ya hoy día de los descubrimientos hechos por Saturn, Ceres y Triptolemo? ¡Hasta los hechos de los fenicios quedan oscurecidos!»

Desde Italia, donde apareció por primera vez, el año de 1493, el primer impreso en latín referente á los descubrimientos del almirante, al que se agregó pronto un discurso del obispo de Cartagena, que era entonces embajador en la corte del papa, fué abriéndose camino la noticia más y más, siguiendo á éste varias traducciones italianas y españolas. Una alemana imprimióse en Estrasburgo y lleva el siguiente título: *Eyn schon hübsch lesen von etlichen insslen die do in kurtzten zyten funden synd durch den künig von Hispania.*

Si bien no es conocido que ni en Francia ni en Inglaterra se publicasen impresos por el estilo, de una exclamación de Sebastián Cabot se deduce que en este último país se consideraba por lo menos la hazaña del almirante como cosa nunca vista y cuasi divina, hablándose mucho de ella. Cabot dice lo siguiente: *When newes were brought, that don Christopher Colonius, Genoese, had discovered the coasts of India, where of was great talke in all the Court of King Henry the 7, who then raigned, inso-much that all men with great admiration affirmed it to be a thing more divine than humane, to saile by the West into the Easte, where spices growe, by a map that was never knowen before,—by this fame and report there increased in my heart a great flame of desire to attempt some notable thing.*

Este deseo de hacer también algo grande, nacido en el corazón de Cabot á causa de la admiración que le produjo la gran hazaña de Colón, impulsóle hacia el mar, teniendo, como se verá más adelante, la fortuna de descubrir el Continente del Nuevo Mundo un año entero antes que el gran navegante genovés.

Sólo nos resta ocuparnos brevemente en los parientes y descendientes de Colón, puesto que su historia había de estar ligada aún por largo tiempo con los territorios por él descubiertos.

Si empezamos por el hijo legítimo del descubridor, por Diego Colón,

mencionaremos que, según los contratos pactados entre su padre y la corona, debía de ser el heredero de todos los derechos y dignidades del almirante.

Mas como los reyes, después de la muerte de este último, no hiciesen cosa alguna para concederle esta herencia y todas sus peticiones no obtuviesen el menor resultado, decidióse Diego á pleitear. Este proceso, que á veces se llevaba adelante con la mayor precipitación, y en cambio otras quedaba archivado, duró desde el año de 1508 hasta mucho más allá de la muerte de Diego, hasta el año de 1564. Diferentes veces pactáronse compromisos que tan pronto eran rotos por uno como por otro lado, así es que siempre surgían nuevas polémicas y el proceso no tenía fin.

En uno de los compromisos fué nombrado al fin Diego gobernador general de las colonias. Con este cargo fué el año de 1509 á Santo Domingo, donde fijó su residencia, edificando aquel palacio cuyas ruinas son visibles aun hoy día. (Véase el grabado de la página 291). Este palacio está situado en la orilla derecha del río Ozama, y sus ruinas presentan aún un buen cuadro de la antigua magnificencia española. Grandiosas arcadas rodeaban el poderoso edificio, hecho de bloques de piedra; las ventanas y la portada principal que daba vista á la ciudad estaban adornadas con primorosos arabescos, y los antiguos cronistas hablan mucho de la riqueza del adorno interior. Sobre todo mencionan la belleza y valor de una escultura que se hallaba en el gran salón, detrás del trono del virrey, y que ostentaba las armas de Castilla. Ahora toda esta magnificencia se ha convertido en montones de escombros, sucias barracas de negros se han establecido al rededor de los venerables restos, y los caballos habitan los aposentos desde los cuales se gobernaban en otro tiempo los destinos del Nuevo Mundo.

También la regencia de Diego fué muy agitada: toda clase de luchas de partidos tuvieron lugar; él mismo estaba en continua divergencia con la Corona, pues creía inermados sus derechos por algunas disposiciones; así es que su gobierno no fué provechoso para las colonias. Para defender sus derechos y hacer frente á algunas acusaciones lanzadas contra él volvió á España el año de 1523, pero murió en ésta, en Montalbán, el 23 de febrero del año de 1526.

De su matrimonio con doña María de Toledo nacieron dos hijos, Luis y Cristóbal; el primero continuó el pleito de su padre, pero al fin cambió sus derechos de virrey por una pensión anual de mil doblones de oro y el título de duque de Veragua, marqués de Jamaica y almirante de las Indias. Cuando murió, el año de 1572, pasó su título á su sobrino don Diego, hijo de su hermano Cristóbal, y con la muerte de éste, acaecida el año de 1578, extinguióse la línea masculina directa de Cristóbal Colón.

Fernando Colón, nacido el 27 de septiembre del año de 1488, fruto de unas relaciones del Almirante con Beatriz Enríquez, de Córdoba, alcanzó nombre como erudito, y está considerado, no se sabe si con razón ó sin ella, como el autor de la obra mencionada anteriormente por nosotros, y que se titula *Vida del Almirante*, en la que relata la vida de su padre. Era muy buen geógrafo y poseía una biblioteca muy valiosa para aquel tiempo, que había ido coleccionando por sí mismo durante sus muchos viajes por Europa. Constaba de unos 20,000 volúmenes y es la misma que hoy se conoce con el nombre de Biblioteca Colombina. Murió soltero, el 12 de julio del año de 1539, en una casa de campo que poseía en las inmediaciones de Sevilla.

Los hermanos de Colón, el enérgico adelantado Bartolomé, cuya firmeza de carácter nos es conocida, así como Diego, que diferentes veces quedó encargado del gobierno en ausencia de su hermano, acompañaron á su sobrino, el hijo del Almirante, cuando fué de gobernador general á la Española el año de 1509. Bartolomé, que, como hemos visto, auxilió tan poderosamente á su hermano en las diferentes sublevaciones, obtuvo en premio de sus excelentes servicios la pequeña isla de Mona, situada entre la Española y Puerto Rico, como asimismo la dirección de las minas de Cuba. Era al propio tiempo un experto marino, robusto y de esclarecido entendimiento; en una palabra, verdadero hombre de acción y mucho menos inclinado á aquel entusiasmo que era el rasgo sobresaliente del carácter de su hermano el célebre Cristóbal. El, lo mismo que su hermano Diego, que fué honrado con un título de gobernador y presidente del Consejo de Castilla, murieron en la Española sin dejar descendencia masculina.

El título de duque de Veragua pasó más tarde á una línea colateral del Almirante, y hoy día existe aún en España la estirpe de estos duques de Veragua ó de Veraguas.



Vasija de barro de los caribes de Santa Cruz
Se conserva en el Museo Etnográfico de Copenhague